

William A. Christian Jr.

Las visiones de Ezkioga

**La Segunda República
y el Reino de Cristo**

Editorial Ariel, S.A.
Barcelona

Índice general

<i>Documentación gráfica y mapas</i>	3
<i>Cronología</i>	7
<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	15

1. Introducción	19
-----------------------	----

LOS SUCESOS

2. La Virgen María, la República y los vascos	29
3. Promotores y videntes: I. Antonio Amundaráin y Carmen Medina	57
4. Promotores y videntes: II. Los catalanes	80
5. Promotores y videntes. III. Monsieur Rigné y el Padre Burguera	120
6. Supresión por obra de la Iglesia y el Estado	137
7. La proliferación de las visiones	173

PAUTAS Y MODELOS

8. Profesionales de la religión	225
9. Tipos de videntes y contacto entre clases sociales	250
10. Los estados de visión	269
11. Paisajes sagrados	310
12. Peticiones de los creyentes	324
13. Los vivos y los muertos	333
14. El fin del mundo	353
15. El desenlace	376
16. Preguntas sin respuestas	394

Apéndice

Hoja interrogatorio para los videntes; agosto de 1931	404
Visión de Cruz Lete; 8 de febrero de 1932	406
Carta del Padre Burguera a los videntes; comienzos de 1933	406
Carta de Maria Maddalena Marcucci a Evarista Galdós; 20 de marzo de 1932	407
«Los acontecimientos futuros»; carta a Juan Bautista Ayerbe	408
Topónimos modificados desde 1931	409

<i>Notas</i>	411
<i>Bibliografía</i>	464
<i>Índice temático</i>	493
<i>Índice onomástico y toponímico</i>	505

Prólogo

El 29 de junio de 1931, dos niños del País Vasco español dijeron haber visto a la Virgen María. Esta visión inicial condujo a muchas otras más. De hecho, hubo visiones cada noche durante muchos meses. Alrededor de un millón de personas acudieron, sólo en 1931, al lugar de las apariciones en la pendiente de una colina junto a Ezkioga y la gente comenzó a tener visiones en una veintena de localidades diferentes. Hasta las apariciones a los adolescentes de Medjugorje, en la década de 1980, los videntes de Ezkioga fueron quienes atraieron un número de personas mayor que cualquier otra aparición del mundo católico.

Este libro trata de dos tipos de gente y de su relación mutua: los videntes (*ikusleak*, en euskera), con visiones de la Virgen María y los santos, y los creyentes (*sinesleak*), con visiones de un futuro que esperaban fuera confirmado también por la Virgen María y los santos. Casi todos los protagonistas han muerto ya, pero dejaron tras de sí palabras sobre el papel, imágenes en fotografías y recuerdos en las personas que les creían. Entre ellos hubo monjas, frailes y sacerdotes, escritores y fotógrafos, oficiales del ejército y funcionarios públicos, criadas y aristócratas, agricultores y empresarios textiles, además de muchas niñas y niños. A partir de 1931, realizaron un esfuerzo sostenido y concertado para convencer a un mundo escéptico de que ciertos seres celestiales se aparecían en la Península Ibérica.

Me he sumergido en sus vidas, he seguido sus pasos, he buscado y encontrado sus papeles y he intentado reconstruir su mundo. Cuando, después de una década, inicié la redacción, el placer de narrar su historia se entremezcló con la pena de la próxima conclusión de aquel tiempo pasado en su compañía. No soy uno de ellos, como nunca dejé de explicarlo a los actuales supervivientes y sucesores de estas personas. Pero, aunque sus esfuerzos por incitar al mundo fracasaron, no ocurrió lo mismo con otros realizados en el pasado por personas similares a aquéllas y que, indudablemente, han afectado a nuestro mundo. Es asunto de todos conocer cómo ocurren las visiones y quiénes creen en ellas.

José Donoso me propuso atenerme a unos pocos personajes clave y contar los sucesos a través de ellos. Pero, para entonces, sabía demasiado sobre demasiada gente. Para aclarar tanto su historia como la mía, tenía que contar cuanto sabía. He narrado historias de vidas que comienzan antes de las visiones, van a dar a ellas, se entrecruzan y salen, luego, de sus vericuetos hacia destinos diferentes. En la primera mitad del libro expongo esos relatos por separado, construyendo el cuadro de los sucesos estrato por estrato, desde la perspectiva de distintos protagonistas. En efecto, las personas me tenían aferrado. Al sumergirme en este mundo insólito, su crónica pasó a ser mía. No se trata de una historia que convulsione el mundo, sino de algo pequeño, intenso, conmovedor, a

veces virulento, a menudo divertido. Pienso que, para la mayoría de los lectores, su lección más duradera hablará de la propia naturaleza humana. Este libro cuenta, como una novela, con un elenco de personajes. Pero, a diferencia de las novelas, su relato es verídico, al menos hasta donde yo lo he podido lograr. Por lo que a mí respecta, al final, Benita Aguirre, el padre Burguera, María Recalde, Mateo Múgica y sus contemporáneos me resultaron muy familiares, y como agrandados y en tecnicolor. Espero que también los lectores consigan conocerlos y disfrutar de ellos.

El libro trata asimismo de varias organizaciones y movimientos religiosos. Durante los tres primeros años, los videntes se pusieron en contacto con las Aliadas, de Antonio Amundaráin; con el movimiento del Amor Misericordioso, de Marie-Thérèse Desandais, Juan González Arintero y los dominicos; con la devoción a la Pasión y a Gemma Galgani, de los pasionistas; con la devoción al Niño Jesús de Praga y Thérèse de Lisieux, de los carmelitas; con la devoción al Rosario, de los dominicos; con la Obra de Ejercicios Parroquiales, de Francisco de Paula Vallet; con la Obra de Magdalena Aulina de Banyoles (Girona) y su devoción a Gemma Galgani; con la Obra de Sacerdotes Niños, fundada por Soledad de la Torre en Betelu (Navarra); con los seguidores de Therese Neumann; con los Crucíferos, fundados por José Domingo Corbató en Valencia; con los creyentes en las supuestas profecías de la Madre Rafols, provenientes de Zaragoza, y con los devotos de Juana de Arco y la Virgen de Lourdes. Los contactos de estos movimientos, instituciones y corrientes de devoción con los videntes de Ezkioga muestran una de las maneras en que las visiones religiosas pueden atraer a grupos enteros creyentes organizados.

La segunda parte del libro se sirve de las visiones para perfilar los medios de contacto, a menudo secretos, entre videntes y clero, el paisaje imaginado y construido por aquéllos y los estados en que caían, similares a los de trance. Las visiones pusieron en contacto a mujeres con sacerdotes, a los campesinos modestos con los adinerados del mundo industrial y a los vivos con los muertos. Los sucesos de Ezkioga muestran hasta qué punto la gente recibió con agrado la posibilidad de ir más allá del mundo de su entorno, de ver lo que ven los dioses y conocer lo que sólo éstos pueden conocer.

Espero que este libro cuente entre sus lectores a las familias relacionadas con las visiones. El edicto de silencio que puso fin a las visiones públicas, junto con su persecución por parte de la República, el régimen de Franco y el obispado de Vitoria, marcaron a los videntes y creyentes de Gipuzkoa, Bizkaia y Navarra con el estigma de «txotxolos», o «chalados». El asunto se convirtió en tabú para quienes lo vivieron intensamente, en una especie de vergüenza colectiva para el Goierri y la Barranta.

Este conjunto de sucesos que implicó a cientos de miles de personas debería ahora poder ocupar su lugar en la historia y en el discurso humano. Quienes vivieron las visiones y quienes oyeron hablar de ellas deberían poder pensar en ellas y hablar de ellas e ir más allá de las interpretaciones fáciles que las explican como «trucos» o las califican de «amaños», «mentiras», el resultado de «inyecciones» o el producto de «especulaciones» o «política». La tentación de un análisis simplificado del asunto quedó demostrada en alguna información de prensa dedicada a la presentación de la versión inglesa del libro en San Sebas-

tián, en julio de 1996. Un periódico recurrió a las opiniones de un psicólogo francés y declaró en el titular que las visiones fueron procesos de «autohipnosis».

Una causa importante de la vergüenza colectiva y de la exigencia de una explicación simple parece hallarse en el hecho de que fueran tantas las personas que, durante más o menos tiempo, creyeron en algo que la Iglesia acabó por condenar. Sin embargo, la decisión del obispo de Vitoria sobre el carácter no «sobrenatural» de los acontecimientos no contribuyó gran cosa a su explicación. Sucesos similares a los de Ezkioga han ocurrido y siguen ocurriendo por todo el mundo en una gran diversidad de religiones, y hoy en día están en auge en el catolicismo. Así pues, no es un problema del Goierri, de los vascos, los catalanes o los españoles. Forma parte de un modelo reiterado que tiene mucho de conducta repetitiva o imitativa, debida, al menos en parte, al deseo humano de trascendencia, en conjunción con ciertos momentos históricos concretos. Sin entrar en la cuestión de la intervención divina, el presente libro intenta entender la parte humana de ese modelo.

El análisis abierto y reflexivo de este fenómeno debería respetar escrupulosamente la intimidad de los pocos ex videntes aún vivos y de sus familias. No he nombrado a un solo vidente de quien sepa que sigue con vida y, cuando cito textualmente nombres de personas, lo hago con su permiso expreso. Ruego que la prensa, la televisión y la radio continúen mostrando respeto hacia esa intimidad. Al fin y al cabo, las visiones de Ezkioga fueron una experiencia colectiva en la que participaron de manera activa tanto videntes y creyentes como medios de comunicación. Las esperanzas y expectativas de los espectadores y del público lector inmediato —padres y abuelos de algunos de quienes leerán este libro— fueron un componente importante de lo dicho y oído por los videntes. Es decir, quienes configuraron las visiones, una vez iniciadas, no fueron sólo los videntes, muchos de los cuales no pasaban de ser más que unos niños, sino también los creyentes, los espectadores curiosos, la prensa y la sociedad más amplia del País Vasco, España y Europa occidental. En este sentido, en la medida en que decidimos examinar el mundo que nos rodea de acuerdo con nuestros miedos y deseos, el libro trata de cada uno de nosotros, videntes o no.

Ojalá que este análisis abierto dé remate a la lenta reconciliación entre creyentes y no creyentes en el Goierri y que, a menos en este caso, pueda coexistir con simpatía y respeto mutuos una diversidad de creencias.